



PRÓLOGO

Carlos Pellicer enfrentó la hora final de su destino siendo Senador por Tabasco. Este año cumple 10 años de silencio.

Estos datos dan razón y sentido al esfuerzo editorial emprendido por la Cámara de Senadores para publicar esta antología del poeta, junto al trabajo biográfico que David Martín del Campo ha realizado con abundancia de información, rigor literario y sensibilidad.

El privilegio de hacer algunas líneas introductorias a este libro me obliga a ordenar notas y reflexiones. Dos preguntas se vuelven determinantes: 1) ¿Qué significa la presencia de Carlos Pellicer en un cuerpo político como el Senado?, y 2) ¿qué sitio ocupa la poesía del ilustre tabasqueño en la literatura mexicana de este siglo?

El hecho de plantear interrogantes no implica dar respuestas satisfactorias. Bajo los límites del tiempo, del espacio y los mayormente invencibles de las inepticias, apelo a la benevolencia de mis hipotéticos lectores para decir que aquí hay apuntes y aproximaciones a realidades obligadas. Nada más.

El 4 de septiembre de 1985, mi querido y admirado amigo, Antonio Riva Palacio, dijo en su calidad de Presidente de la Gran Comisión del Senado un discurso que tocó a fondo el tema de la integración de esta Institución Republicana:

“Cada vez más [el Senado mexicano] cumplirá su tarea legislativa, cumplirá su función equilibradora; pretende constituirse en corresponsable activo de todos los esfuerzos y trabajos que conduzcan a la superación de los problemas presentes. Si por origen es monopartidista —dijo—, por pensamiento y acción es un cuerpo plural, la libertad de acción y opinión que existe en su seno conjuga el respeto individual a cada uno de sus miembros con la obligación de cumplir sus deberes.”

Y al referirse a sus componentes agregó:

“Cada Senador lo es porque representa un factor de fuerza política real de nuestra sociedad.”

La presencia de Carlos Pellicer en el Senado se explica con las mismas razones que han ubicado en esta Institución de la República anteayer a Martín Luis Guzmán y hoy a Andrés Henestrosa, por citar dos paradigmas. En la sociedad mexicana, troquelada a partir del movimiento revolucionario de 1910, el hecho cultural tiene un valor estratégico. Es un hecho reconocido que la Revolución sentó las bases para el “renacimiento cultural” del país; a partir de nuestro movimiento transformador, México se descubrió a sí mismo. Al aceptar que en su identidad mestiza está lo indio, se pudo medir en grande, adquirió como Nación otra dimensión histórica. Recuperó su esencia y, a partir de ella, se abrió un espacio universal.

Ésa es obra de la revolución en materia cultural. Es fenómeno consecuente, por tanto, que las instituciones políticas hayan establecido un sitio específico para quienes, con talento y voluntad eminentes, crean, re-crean y desentrañan nuestra cultura. Pellicer en el Senado resulta hecho de la causalidad histórica y no de la casualidad y su estela de subjetivismos y episodios.

El espacio que el fenómeno cultural ocupa en la vida de México y los méritos mayores del poeta Pellicer, hicieron que el Partido Revolucionario Institucional lo postulara su candidato a Senador. El pueblo tabasqueño, inscrito por derecho propio en la avanzada nacionalista, revolucionaria y popular de las luchas mexicanas, votó por su integración al Senado.

La trayectoria humana y política de Carlos Pellicer fue plural y espléndida. En el mejor sentido de la palabra, fue un heterodoxo. Frente a su figura no valen ni los dogmas ni la estrecha visión de los cartabones. En sus años jóvenes fue vasconcelista y en esa tesitura operó como jefe político y caudillo poético de una brillantísima generación de mexicanos.

Un individuo de la estatura de Pellicer no cabe en las menudas tablas de equivalencias y contradicciones. Como ocurre con otros grandes —Fernández de Lizardi, en los albores del siglo XIX, por ejemplo— su trayectoria política reclama evitar las trampas de la pereza ideológica, rehuir la lógica farisea y maniquea.

En verdad, Pellicer fue un insurrecto permanente, con fobias y lealtades incommovibles. Una animadversión política tuvo Pellicer: el imperialismo. Son memorables sus protestas contra las intervenciones en

Vietnam y Nicaragua, por citar dos casos. Guardó fidelidad sin dudas a la patria, a la palabra libre, a la lucha por la justicia social y a la tarea de unificar a América Latina.

Cantó a México a partir de los héroes, del paisaje y de las luchas populares. Entendió siempre que la liberación nacional es inseparable de la liberación social. La justicia, más que otro valor, troqueló su perfil ético. Su voz se vinculó al compromiso político y a la lucha social. Por eso escribe el reclamo:

“Cananea, Cananea,
de tus tiros partieron
los primeros alientos de una aurora
que no ha dado la luz que necesito
para decir, de pueblo en pueblo,
que ya no hay tuberculosis producida por hambre
ni banquetes de bodas de ciento diez mil pesos...”

Unos meses antes de morir reiteró sus definiciones políticas conclusivas:

“Yo fui político de calle durante toda mi vida. Soy socialista y creo en la igualdad de los humanos. Me entristece la pobreza de las mayorías y la riqueza de unos cuantos. Pienso que poco a poco el mundo entero y por supuesto, México, alcanzarán la justicia.”

No dijo entonces Pellicer lo que fue acuerdo unánime de sus contemporáneos: fue político de calle y hombre valiente. Narro un hecho dramático y revelador con palabras de José Alvarado:

“Hace muchos años, allá por los treinta, Pellicer estuvo preso por pretextos políticos... Fue llevado a una celda miserable y oscura y en las madrugadas lo sacaban por caminos solitarios para hacerle simulacros de fusilamiento o fingir la aplicación de la *ley fuga*. El poeta permanecía sereno, entero.”

Años más tarde, otra generación lo vio, con las fuerzas que le dejaba el paso de los años, sumado a marchas por demandas laborales o como protagonista casi solitario (formaba multitud con José Carlos Becerra) de protestas contra las intervenciones.

Cabeza y corazón monumentales.

Algunos hechos de la personalidad del poeta acentúan la interrelación que alcanzaron en su ser el talento creador y el sentido moral. Su modo de ver la vida y de vivirla se evidencia en el dato transmitido por alguno de sus amigos. A la pregunta de qué hacer con sus dietas del Senado, respondió que las emplearía en proveer de bibliotecas a los municipios de Tabasco.

Ubico la militancia política de Pellicer y sus vocaciones múltiples —fue museógrafo laborioso y fértil— integradas a la constante que identifica a la mayoría de poetas, novelistas y ensayistas latinoamericanos, destinados a encarnar la dualidad de hombres de pensamiento y hombres de acción. En América Latina, los creadores y los pensadores han debido ser —y así lo asumen “educadores de sus pueblos”, como dijo con tino penetrante el filósofo español, tan nuestro, José Gaos.

Como todos los grandes latinoamericanos hizo suyo el sueño de Bolívar. No repetiré aquí algunas de las pruebas de su pasión americana contenidas en la *Elegía Ditirámica* dedicada al prócer venezolano. Baste reproducir el párrafo de una entrevista concedida en sus días de candidato a Senador [1976], donde aparece, con calidad visionaria, una idea de evidente actualidad:

“América Latina está a punto de mostrarse de otro modo, no ante el mundo, sino ante sí misma...”

Ciertamente, en el tiempo histórico diez años pueden ser un momento. Han debido pasar estos años, escenario de la mayor crisis económica y financiera de este siglo, para que los países de latinoamericanos descubran las posibilidades de una vecindad solidaria, liberadora y equitativa. El desafío de la integración dejó de ser una opción deliberada, para convertirse en un imperativo. De lo contrario, nuestros pueblos pueden encontrarse ya no con cien años de soledad, sino con 100 años de colonia.

Por estas razones, entre otras, creo que la figura política de Pellicer fue honrada por las instituciones de la República y que, al distinguirlo, se enaltecieron.

Carlos Pellicer es una de las voces poéticas más altas en lengua española. Su obra tiene un sitio preeminente en la realidad literaria de México. Si vale la referencia, yo la situaría, en términos históricos, al otro lado de la puerta tras la cual escribió Ramón López Velarde.

La poesía de Pellicer cobra luz pública en los años inmediatamente posteriores al movimiento armado que abrió las venas y las esperanzas del pueblo mexicano. Alguien le ha llamado, no sin motivo, *poeta de la Revolución*, pero no quiero subrayar la frase porque pocos poetas han sido más victimados que él por los clichés; *poeta del trópico* (desbordado), *poeta de América*, *cantor de la cristiandad*, *paisajista de la palabra*, etcétera.

En el fondo y la forma, su obra constituye una ruptura con los medios tonos crepusculares que caracterizaron a la mayor parte de la poesía cincelada en el tiempo de la dictadura.

Desde la honda sensibilidad de un gran creador aparecen, entre 1921 y 1929, los varios libros que habrían de testimoniar la dinámica y la búsqueda de un pueblo. Formal y temáticamente, la poesía de Pellicer es explosiva, transformadora, libertaria.

México da al mundo un poeta de estirpe épica y voz americana. En los poemas de la selva y del río, del mar y la montaña está presente la misma fuerza telúrica y primigenia, sensual y llameante que ha de encontrarse en la expresión plástica de Orozco y de Gerardo Murillo, el doctor Atl, creadores puestos en similar coyuntura histórica. La obra de Pellicer rompe el claustro del nombre melancolía para nombrar a América, a su geografía vasta y caprichosa, a su historia desgarrada, a sus héroes y a sus pueblos, al hombre y al paisaje. Quien no aquilate la magnitud de este salto en la literatura mexicana ha de llamarse todo, menos honrado en los menesteres del ejercicio crítico.

Razones de destino colectivo y de grandeza individual apuntalan el hecho de una realización poética fundida con pasión americana, o mejor dicho, latinoamericana. Habitante del mundo, ciudadano de la América nuestra, ama y describe ciudades, puertos, ríos, montañas y rincones. Es antecesor, en la proeza, al grande que dió a América perfiles nerudianos. Son los días en que declara a América:

“Tanto como te adoro lo saben solamente
las altísimas noches que he llenado contigo”.

Y es el suntuoso prodigio del verbo, en aquel *estudio* dedicado a Pedro Henríquez Ureña, que el poeta bordará, sensual y solar, en Curazao:

“Por la tarde vendrá Claude Monet
a comer cosas azules y eléctricas.
Y por esa callejuela sospechosa
haremos pasar la Ronda de Rembrandt.
(...) isla de juguetería,
con decretos de reina
y ventanas y puertas de alegría.”

Como la de todo creador de vocación raigal, la obra poética de Pellicer registra un paréntesis dedicado al paisaje interior, a las dolidas estancias del hombre. Vivió el tiempo del temblor y la angustia, del rigor formal y el recorrido hondo. *Horas de junio*:

“Vuelvo a tí, soledad, agua vacía
agua de mis imágenes, tan muerta
nube de mis palabras, tan desierta,
noche de la indecible poesía”,

o, allí mismo,

“junio me dio la voz, tú me la quitas.”

Pellicer ensaya, como todo poeta verdadero, la proeza adánica de *nombrar las cosas*. Un verso, entre muchos, me parece fruto perfecto, bautismo impecable:

“Ser flor es ser un poco de colores con brisa.”

No agrego más. Baste decir que he llegado hasta esta línea con el único fin de hacer votos, porque la edición de esta antología sea una incitación a conocer *toda* la obra magnífica de Pellicer. Creo que sería el mejor homenaje para un gran poeta que hasta ahora ha sido más admirado que leído.

Sen. Socorro Díaz
México, D.F., 19 de agosto de 1987.